



OPINIÓN



POR PABLO
CABAÑAS DÍAZ

María Elena Álvarez-Buylla: Ciencia y corrupción

Hay nombres que deberían resguardarse con dignidad, porque en ellos reposa una herencia moral y una tradición intelectual que no pertenecen sólo a una familia, sino al espíritu de una nación.

El apellido Álvarez-Buylla debería evocar las traducciones de Wenceslao Roces, el abuelo exiliado que convirtió el idioma en refugio político, o los hallazgos neurocientíficos de Arturo Álvarez-Buylla, el nieto que ha llevado el nombre familiar a los laboratorios más prestigiosos del mundo y que es Premio Príncipe de Asturias.

Sin embargo, hoy ese linaje se mancha con la opacidad, la arrogancia y el cinismo de María Elena Álvarez-Buylla, exdirectora del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (Conahcyt), denunciada por la Auditoría Superior de la Federación (ASF) ante la Fiscalía General de la República por presuntos desvíos de más de 57 millones de pesos.

Resulta penoso que quien se presentó como adalid de la ciencia pública y enemiga de las élites tecnocráticas sea ahora símbolo de aquello que debía combatir: la corrupción, el despilfarró y la utilización facciosa del conocimiento.

La ASF ha documentado pagos anticipados, contratos sin comprobación de servicios y documentación duplicada.

Dos contratos concentran la irregularidad: uno por 35.1 millones de pesos para "servicios administrativos" sin respaldo documental y otro por 22.5 millones para un "seguimiento técnico" pagado por adelantado, del cual no existe evidencia de cumplimiento.

Bajo el mando de Álvarez-Buylla, detrás del discurso de austeridad y soberanía científica se escondía un autoritarismo administrativo que castigaba a los críticos y premiaba a los afines.

Nada simboliza mejor esa hipocresía que el lujoso estudio de arte de su hija, Jimena García Álvarez-Buylla, exhibido en la revista Dwell.

Mientras la madre predicaba sobre la "ciencia para el pueblo", la hija presumía un "oasis triangular de ladrillo y vegetación" en la casa familiar de Tlalpan, diseñado por el despacho Estudio MMX, símbolo de la arquitectura de élite.

Esa ostentación coincidió con la denuncia pública de la ASF, y la imagen resultó devastadora: el jardín del privilegio floreciendo sobre el terreno de la incongruencia.

El proyecto de la vacuna Patria fue el capítulo más desolador de su gestión y menos investigado. Anunciada por el presidente López Obrador en 2021 como emblema de soberanía científica, debía ser el logro de la Cuarta Transformación: un desarrollo nacional, independiente y solidario.

Cuatro años y más de 422 millones de pesos después, el proyecto fue una promesa vacía.

El laboratorio Avimex, especializado en vacunas veterinarias, fue el socio principal del Conahcyt. El biológico, diseñado originalmente por la Escuela de Medicina Icahn de Monte Sinaí, en Nueva York, sólo fue licenciado para México.

Ni fue una vacuna mexicana ni hubo evidencia científica de su eficacia.

Los ensayos clínicos se detuvieron en la fase II y, para 2025, la Patria era obsoleta frente a las nuevas variantes del Covid-19. Ningún artículo revisado por pares, ningún resultado transparente, ninguna rendición de cuentas.

El gobierno de la presidenta Claudia Sheinbaum ha intentado distanciarse del fiasco.

Rosaura Ruiz, secretaria de Ciencia, admitió públicamente que la vacuna "no está lista" y que su actualización es improbable.

El fracaso de Patria no fue técnico, sino ético: fue el resultado de una administración que confundió la política científica con la propaganda.

A ello se suma el caso de su madre, Elena Dorronsoro Roces, quien recibió el nombramiento de Investigadora Nacional Emérita en medio de denuncias por conflicto de intereses.

La madre, con menos de cien citas en Scopus —una de las bases de datos académicas internacionales más relevantes para medir el impacto y visibilidad científica—, fue elevada a la cúspide del Sistema Nacional de Investigadores mientras su hija dirigía la institución. El nepotismo se disfrazó de mérito académico.

El apellido de María Elena pertenecía al linaje de la inteligencia crítica. Hoy se asocia con un laboratorio de errores, un jardín de vanidades y un proyecto de vacuna inexistente. Debería avergonzarla que su gestión haya ensuciado el nombre que su abuelo ennobleció desde la traducción y la congruencia política y que su primo dignifica desde la ciencia.

El apellido de María Elena pertenecía al linaje de la inteligencia crítica. Hoy se asocia con un laboratorio de errores, un jardín de vanidades y un proyecto de vacuna inexistente. Debería avergonzarla que su gestión haya ensuciado el nombre que su abuelo ennobleció desde la traducción y la congruencia política y que su primo dignifica desde la ciencia

El caso María Elena Álvarez-Buylla es especialmente doloroso porque encarna el extravío de quien creyó que la ciencia podía subordinarse al discurso político sin perder su rigor.

No hay mayor corrupción que la del pensamiento cuando se somete al servilismo.